



Socialización según Margaret Archer. La reflexividad relacional como una reclasificación sociológica.

Matías Mansilla

Question/Cuestión, Nro.76, Vol.3, Diciembre 2023

ISSN: 1669-6581

URL de la Revista: <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/>

IICom -FPyCS -UNLP

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e835>

Socialización según Margaret Archer.

La reflexividad relacional como una reclasificación sociológica

Socialization according to Margaret Archer.

The relational reflexivity as a sociological reclassification

Matías Mansilla

Universidad de Buenos Aires

Argentina

mk.mat@hotmail.com

Resumen

Margaret Archer fue una socióloga inglesa que ha desarrollado, a lo largo de sus más de treinta años de trayectoria, la llamada teoría morfogenética. En su discusión con teóricos de la talla de Habermas y Bourdieu, Archer se ha ganado el reconocimiento de haber posibilitado un abordaje alternativo al propuesto por los nuevos clásicos de la disciplina. En este sentido, una de las propuestas de la autora viene de la mano del concepto de reflexividad relacional. Se

trata de un concepto que reclasifica la idea de socialización al postular que el individuo, gracias a su capacidad reflexiva, toma parte activa y decisiva en ella. Esto último marca uno de los grandes aportes de la autora en lo que respecta a la construcción de herramientas teóricas que permitan abordar las relaciones entre agentes. En este trabajo se propone abordar el concepto de reflexividad relacional como una reconceptualización de los procesos de socialización que ha suscitado críticas por parte de estudiosos del enfoque morfogenético y que también ha planteado un debate con otras conceptualizaciones clásicas de dichos procesos.

Abstract

Margaret Archer was an English sociologist that developed, through more than thirty years of trajectory, the called morphogenetic approach. In her discussion with theorists like Habermas and Bourdieu, Archer has won the acknowledgment for have made possible an approach that is alternative to the proposed by the new classics of the discipline. In this sense, one of the proposals of the author comes by the hand of the concept of relational reflexivity. This concept reclassifies the idea of socialization when explaining that the agent, thanks to his reflexive capacity, takes an active and decisive part in that process. This marks one of the greatest contributions of the author in regards to the construction of theoretical tools that permit an approach to the relations in between agents. In this work, I propose an approach to the concept of relational reflexivity as a reconceptualization of the processes of socialization that has raised critiques by scholars in the morphogenetic approach and has planted a debate with classical conceptualizations of this socialization processes too.

Palabras clave: Reflexividad; Relacional; Reclasificación.

Key words: Reflexivity; Relational; Reclassification.

Introducción

La teoría morfogenética elaborada por Margaret Archer representa una interesante alternativa a las consideradas *nuevas teorías clásicas* surgidas a partir del movimiento teórico de la década de 1980 (Alexander, 1988), dentro del cual se cuenta a Jürgen Habermas y Pierre Bourdieu como algunos de sus más grandes representantes. Esta alternativa teórica ha tenido, y todavía tiene, especial impacto en los debates en torno a la teoría sociológica, sobretodo en el ámbito académico inglés. Se trata de un enfoque relativamente nuevo que permite abordar, de manera alternativa, diferentes problemáticas que han mantenido en vilo a la sociología a lo largo de su historia, a saber: la cuestión de la formación de identidades, los procesos colectivos de agrupación, los procesos de socialización de los individuos al interior de una formación social determinada, entre muchos otros.

De esta forma, combinando aportes provenientes del pragmatismo estadounidense (Mead, 1972; Peirce, 1994), el dualismo analítico inglés (Lockwood, 1964), la filosofía realista crítica (Bhaskar, 2011) y la sociología relacional (Donati, 2011), Archer logró crear un modo de abordaje de fenómenos sociales apoyado en una batería de conceptos novedosa y un acercamiento analítico construido sobre la identificación de complementariedades con las teorías mencionadas, pero también sobre agudas críticas hacia otras teorías sociológicas, particularmente las ligadas al movimiento teórico de 1980 (Pignuoli-Ocampo, 2018).

Así, la teoría morfogenética ha tenido un tiempo de desarrollo de más de 30 años, erigiéndose sobre la necesidad de abordar a la agencia y a la estructura como dos entidades separadas y relativamente autónomas, pero sometidas a una relación constante, dinámica y mediada por propiedades específicas a partir de las cuales se influyen mutuamente, dando forma a las dinámicas de existencia del mundo social.

En este marco, hacia el inicio de la década pasada, Archer ha concebido una forma particular de abordar los procesos de socialización en clave morfogenética: la reflexividad relacional. La reflexividad relacional es un ejemplo de reclasificación sociológica llevada a cabo por la autora. El concepto de reclasificación sociológica remite a la idea de que la sociología elabora representaciones científicas sobre aquello que es representado por elementos del mundo social como son los individuos, grupos, instituciones y demás. De esta manera, las reclasificaciones sociológicas son las interpretaciones que elabora la disciplina sobre distintos

aspectos del mundo social, con el fin no solamente de definirlo, sino también de diagnosticarlo y, en última instancia, de actuar sobre él. Por supuesto, toda reclasificación supone una tensión con aquello que intenta reclasificar, en este sentido, la reflexividad relacional entra en debate con otras concepciones de los procesos de socialización que son propias de autores que le fueron precedentes o contemporáneos, tales como George Mead o Bourdieu y Habermas, respectivamente.

En este trabajo se propone abordar el concepto de reflexividad relacional, recapitular brevemente el debate con otras concepciones de socialización y aportar algunas reflexiones acerca del potencial de este concepto para el análisis de grupos sociales en clave morfogenética. Así, el presente trabajo está dividido en cuatro partes. En primer lugar, se hace una breve introducción al problema de las clasificaciones sociales y reclasificaciones sociológicas. Esto, a fin de clarificar los términos en los que se enmarca la reflexividad relacional en tanto herramienta teórica para comprender el mundo y alternativa a las herramientas previamente existentes. En segundo lugar, se aborda el concepto de reflexividad relacional, teniendo en cuenta las explicaciones que elabora Archer respecto al desenvolvimiento de los agentes en el mundo. En tercer lugar, se recupera brevemente el debate teórico que el concepto de Archer ha suscitado con otras concepciones del proceso de socialización como las de Habermas, Bourdieu y Mead. Finalmente, se recuperan algunas críticas realizadas a la propuesta de Archer y se reflexiona sobre las posibilidades de la reflexividad relacional en el estudio de las relaciones entre individuos al interior de grupos sociales.

De esta forma, se pretende contribuir, desde un abordaje de la cuestión de la socialización, a la divulgación de la teoría morfogenética en habla hispana. Esto, dado que a pesar de la relevancia de los aportes de Archer, su teoría ha sido divulgada de forma insuficiente en círculos académicos hispanohablantes, en relación con la llegada que ha tenido en círculos académicos anglosajones (Hernández-Romero, 2017).

El problema de las clasificaciones sociales y reclasificaciones sociológicas.

La idea de entender la propuesta de la autora como una reclasificación sociológica viene de la mano de considerar la problemática de las clasificaciones sociales y

reclasificaciones sociológicas, planteada por Alejandro Bialakowsky (2017), como clave de lectura de la teoría morfogenética. Las clasificaciones sociales son atributos clasificatorios que marcan las dinámicas de las diferentes relaciones entre *componentes* del mundo social como lo pueden ser los individuos, los grupos, redes, instituciones, regiones, entre otras. Bialakowsky, en este sentido, señala que toda clasificación es producto de una reclasificación de lo anterior, lo que marca el carácter constante y cambiante de los procesos clasificatorios que se dan a lo largo de las distintas épocas. Para la sociología, el desafío de interpretar y elaborar teorías sobre esas clasificaciones sociales es vital para la relación que la disciplina mantiene con el mundo que observa y del cual también es parte. Así, se plantea una relación entre *teoría* y *mundo real*, para decirlo con Jeffrey Alexander (2000), que es mediada por clasificaciones sociales y clasificaciones sociológicas, de forma que:

Las producciones sociológicas y de otras ciencias sociales y humanas reclasifican aquello que ya está reclasificado por esos individuos, grupos, redes, instituciones, partes funcionales, regiones, entre otros, a la vez que estos reclasifican lo elaborado por las propias disciplinas [...]. De esta manera, las preguntas de qué y cómo está compuesto lo social en una época determinada (su dimensión tipológica-histórica) y en torno a la simetría o asimetría de las relaciones entre esos “componentes” en términos de dominación o estratificación (dimensión jerárquica) se ven modulados por dos niveles. El primero alude a lo “representacional-práctico”, si las reclasificaciones las realizan esos propios componentes de manera práctica y, a veces, tácita. El segundo refiere a lo “epistemológico-político”, si las efectúan las producciones sociológicas y de otras ciencias sociales y humanas, atentas a sus propias conexiones con las reclasificaciones sociales en general... (Bialakowsky, 2022, p.302)

En este segundo nivel, epistemológico-político, las reclasificaciones que reinterpretan *siempre con algún tipo de distancia* lo social y que son elaboradas por la sociología, se encuentran frente a una *doble encrucijada* según el autor:

Por un lado, se trata del estado de situación de la disciplina [...], en especial, de sus debates teóricos y metodológicos fundamentales (presupuestos, conceptos, análisis consagrados, herramientas metodológicas). Por el otro, se encuentran las

características, los dilemas, los conflictos y los posibles futuros de cierta época de la que forma parte esa producción sociológica... (Bialakowsky, 2022, p.303)

De esta forma, las reclasificaciones sociológicas buscan definir o dar un diagnóstico sobre su época en línea con las elaboraciones teóricas que ofrecen y con los análisis que despliegan. Este *alineamiento* entre una época y las distintas teorías que intentan analizarla a partir de sus múltiples herramientas teóricas, no sólo se encuentra signado por la tensión (por las distintas definiciones y diagnósticos que pueden suscitar estas últimas sobre la época con la que de alguna manera se relacionan) sino que también implica la posibilidad de la teoría de intervenir en la época analizada, al constituirse como un discurso crítico de la misma. Cabe aclarar que esta posibilidad de la teoría sociológica no debe derivar en un *imperialismo sociológico* respecto a las explicaciones sobre las capacidades tanto de los individuos como de sus identidades (Bialakowsky, Sasín, Nougués y Zapico, 2017).

En este sentido, se puede entender a la reflexividad relacional en Archer como una reclasificación sociológica que se enmarca en una trama de debates con otras elaboraciones teóricas sobre el concepto de *socialización*, a la vez que se enmarca también en una época particular, que es la modernidad tardía, que se busca interpretar mediante la creación de nuevas herramientas teóricas que permitan su abordaje.

La reflexividad relacional.

En primer lugar, es preciso referirse al concepto de reflexividad. Archer se vale de los aportes del primer pragmatismo estadounidense para establecer su concepción de reflexividad, destacando a Charles Peirce (1994) como aquel que mejor desarrolló la reflexividad de entre todos los primeros pragmatistas (1).

La reflexividad en Archer es «el ejercicio regular de la habilidad mental, compartida por todas las personas, de considerarse a sí mismas en relación con sus contextos (sociales) y viceversa» (Archer, 2007, p.4). Funciona como una propiedad emergente de los agentes que media entre la capacidad de acción de estos y los efectos condicionantes de las estructuras socio-culturales, por lo cual tiene un efecto causal en procesos de morfogénesis (transformación) o morfostásis (reproducción). En esta línea, la autora toma los aportes de

Mead (1972) para explicar el ejercicio de la reflexividad por parte de los individuos como algo realizado a partir de la conversación interna. El objetivo principal de la conversación interna es clarificar, evaluar y jerarquizar diferentes preocupaciones según las cuales el individuo forma los proyectos de acción mediante los que actuará en el mundo, esto es realizado a partir de momentos que para Archer consisten en *discernir* ciertas preocupaciones, *deliberar* internamente sobre su importancia y jerarquía, y luego *dedicarse* al armado de ciertos proyectos de acción (Archer, 2003).

Ahora bien, mediante el análisis de entrevistas en profundidad, la autora vislumbra diferentes modos de ejercer la reflexividad ligados a formas distintas de llevar a cabo una conversación interna. A partir de esto, Archer (2012) elabora una tipología de modos reflexivos que implican diferentes formas de relacionarse con otros individuos, grupos o elementos del contexto social (como pueden ser las instituciones, las diferentes oportunidades o constreñimientos propios de dicho contexto, etc...).

Así, en primer lugar, la *reflexividad comunicativa* aparece como resultado de una conversación interna que requiere interacción con otros sujetos para confirmar ciertas preocupaciones o modos de proceder y poder llevar así a la acción.

En segundo lugar, la *reflexividad autónoma*, es resultado de un proceso de conversación interna que no requiere el apoyo en las respuestas de otros como en el caso anterior, guiando a la acción de forma directa.

En tercer lugar, la *meta-reflexividad*, es producto de una conversación interna elaborada sobre la base de una evaluación crítica y moral, tanto sobre sí mismo como sobre la agencia en sociedad. La diferencia entre autónomos y meta-reflexivos, es que en los primeros la conversación interna es auto-contenida y lleva a una acción más resolutive, adaptativa, sin replantearse inmediatamente las consecuencias de la misma. En la segunda, la conversación interna es un acto de reflexión sobre la propia reflexividad, llevando a una acción menos resolutive y más problematizadora, considerando amplia y constantemente las consecuencias de la acción, por eso el modo meta-reflexivo es más volátil que el autónomo.

Finalmente, se habla de una *reflexividad fracturada*, que es resultado de una conversación interna que se ha visto obstaculizada o simplemente no ha podido dar con preocupaciones sólidas o formas de acción específicas, por lo que no deriva en un proyecto de acción, dando lugar a la desorientación y/o marginalización individual. Aquí se encuentra uno de los puntos más tajantes en el diagnóstico de Archer sobre la modernidad tardía, que comparte similitudes con la idea de la *corrosión del carácter* de Richard Sennet (2006). En efecto, Archer (2003, 2012) explica que en la modernidad tardía existe un creciente número de reflexivos fracturados que resultan desorientados en (o marginados de) su propia participación en sociedad, a partir de factores como: desplazamientos de su modo reflexivo hacia una reflexividad fracturada debido a situaciones ocurridas en su contexto; obstáculos del mismo contexto que son infranqueables para una conversación interna que no está preparada para afrontarlos y por lo tanto se encuentra impedida para dar una respuesta adecuada que pueda dar con un curso de acción apropiado; e incluso una conversación interna meramente expresiva, es decir, que da cuenta de *lo que pasa* al interior del sujeto, pero no de *cómo se debe actuar*. Como resultado, los reflexivos fracturados llevan a cabo acciones esporádicas o impulsivas que no pueden perseguir un objetivo de manera realista.

Los agentes, afirma la autora, contienen todos los tipos de reflexividad. Sin embargo, ejercen su capacidad reflexiva de un modo predominante que responde al tipo de relación que están manteniendo con el mundo o a la situación por la que están pasando en relación a sus contextos, por lo cual pueden cambiar esta forma predominante a partir de un hecho clave que ocurra en dichos contextos (desde sucesos traumáticos hasta ciertos *cambios que son necesarios* de cara a preocupaciones particulares que requieren otro modo de relación con el mundo). Así, por ejemplo, un agente predominantemente comunicativo puede volverse reflexivamente fracturado, al no poder interactuar con otros agentes que antes lo acompañaban en su deliberación.

Para Archer, los procesos acelerados de transformación tanto en un nivel social (concerniente a la interacción entre los actores) como en un nivel sistémico (concerniente a la interacción entre las distintas partes del sistema social), generan un contexto social inestable y altamente cambiante. Este es el rasgo principal de la modernidad tardía y es también aquello que explica la imposibilidad de sostener un orden normativamente estable (Archer, 2012).

En este sentido, la consecuencia principal para los agentes viene del hecho de que las guías normativas que eran incorporadas por ellos y que servían para la reproducción social a través de su acción, hoy desaparecen o se encuentran contrariadas por los cambios generados en el propio contexto social. Así, sin poder apoyarse en las guías normativas que antaño ayudaban a moldear una vida más o menos estable, los agentes se encuentran cada vez más dependientes de su propia capacidad reflexiva para generar proyectos de acción de cara a sus preocupaciones y en línea con nuevos desafíos que surgen de manera constante e imprevista, de la mano de procesos de morfogénesis cada vez más rápidos.

El problema principal que Archer (2003, 2007) vislumbra en este sentido es que las respuestas reflexivas de los agentes pueden variar en su tipo, pudiendo algunos adecuarse de mejor forma que otros a los cambios ocurridos en su contexto social, lo cual supone *víctimas* que quedan desplazadas de su participación en sociedad a causa de no poder elaborar reflexivamente una estrategia de acción adecuada a un contexto tan cambiante o inestable (volviéndose reflexivos fracturados). Todo este panorama y la importancia cada vez más grande de la reflexividad de los agentes, tiene un efecto en las dinámicas de socialización de los mismos, lo que lleva a la autora a hablar de la reflexividad relacional.

Bajo este concepto, puede entenderse a los procesos de socialización como aquellos procesos en donde los agentes que están siendo *socializados* toman parte activa a partir del ejercicio de su capacidad reflexiva (Archer, 2012). Así, la reflexividad relacional consiste en dos momentos fundamentales. En primer lugar, la necesidad de una *selección de las oportunidades* que se presentan en el contexto del agente, se trata de una selección realizada según sus preocupaciones. Esta es la respuesta reflexiva del agente a los *mensajes mixtos* que encuentra en su contexto, a saber: la variedad de oportunidades posibles, la ausencia de autoridad de los marcos normativos que guían selecciones específicas, la contradicción que surge entre las estrategias propuestas por los *socializadores* (como pueden ser los padres en un proceso de socialización llevado a cabo por la familia) o la discontinuidad entre las estrategias propuestas por dichos socializadores y las preocupaciones del agente que está siendo socializado, entre otros.

Así, es el propio agente quien se ve forzado a descubrir su capacidad reflexiva y ponerla en práctica para seleccionar un espectro de oportunidades, en otras palabras, de cursos posibles para su vida. Esto lo hace sin atenerse a los marcos normativos que podrían ser heredados o internalizados en un proceso de socialización más pasivo.

Un segundo proceso tiene que ver con lo que Archer denomina *formación de una vida*. En relación a la selección anterior, el individuo realiza la operación de priorizar, acomodar, subordinar o excluir las oportunidades que considera. De esta forma, relega la participación a ciertos grupos, prioriza la encarnación de cierto rol social y no otro, entre otras decisiones que ayudan a formar el modo de vida del sujeto. Esto contribuye de manera fundamental al armado de un proyecto de acción individual en función de las preocupaciones primordiales del individuo.

Ambos procesos, dada la inestabilidad de los contextos sociales en la modernidad tardía, son recurrentes en las vidas de los agentes.

Ahora bien, estos procesos giran en torno a lo que Archer, utilizando los aportes de Pierpaolo Donati (2011), llama *bienes relacionales*. Los bienes relacionales son una propiedad emergente de las relaciones entre agentes. Dichos bienes relacionales surgen de la interacción entre agentes y contribuyen al desarrollo positivo del agente que los identifica. Por ejemplo, si un individuo contempla múltiples oportunidades posibles y reflexivamente se le dificulta para acomodarlas, subordinarlas o excluir alguna en particular, la relación que tenga con un agente específico le puede ayudar a decidir, contribuyendo a formar un modo de vida o curso de acción sólido. Se trata de estímulos, la relación que un agente mantiene con otros, lo puede ayudar a identificar reflexivamente aquello que le es útil a su proyecto de acción elaborado en función de sus preocupaciones particulares. Esto atañe a todos los modos reflexivos, ya que la identificación de bienes relacionales en la relación que se mantiene con otros agentes depende del tipo de reflexividad que se esté ejerciendo. Así, un reflexivo autónomo podría identificar como bien relacional emergente de la relación con otro agente, contactos útiles a sus objetivos personales. Mientras, un comunicativo podría identificar como un bien relacional ciertos consejos u opiniones que lo orienten en su deliberación reflexiva. En ambos ejemplos, los bienes relacionales no solo son coherentes con el modo reflexivo practicado por quien los

identifica, sino que además contribuyen al desarrollo de este modo reflexivo, profundizando la socialización de los agentes y teniendo un efecto en sus proyectos de acción.

Todo esto tiene su reverso en la idea de *males relacionales*, mediante los cuales se puede pensar en la identificación de un estímulo o influencia como perjudicial para el proyecto de acción que un agente busca desarrollar en función de sus preocupaciones. Este es principalmente el caso de los reflexivos fracturados, que identifican males relacionales que en varios casos pueden impedir su desarrollo reflexivo, llevando a la imposibilidad de construir un proyecto de acción sólido.

Otro caso posible mencionado por Archer, es el relacionado a la ausencia de bienes relacionales. Esto remite al hecho de no identificar ni bienes ni males relacionales en determinadas relaciones. En estos casos, también puede desarrollarse la reflexividad autónoma (por el carácter autocontenido de la conversación interna propio de este modo reflexivo). Asimismo, es una situación por la que pueden pasar particularmente los meta-reflexivos, dado que por su carácter problematizador, tienden a cuestionar los bienes relacionales que podrían encontrar en las relaciones que mantienen en ciertos contextos, percibiendo una ausencia que los motiva a buscar nuevos bienes relacionales en otros contextos y de la mano de nuevas relaciones con otros agentes.

En este sentido, la identificación de bienes relacionales, la identificación de males relacionales o simplemente la ausencia de ambos, determina para la autora la inclinación hacia un modo reflexivo u otro por parte de los agentes, esto tiene efecto a lo largo de toda la vida dado que los procesos de socialización son constantes y siempre reflexivos. Lo cual quiere decir que los bienes o males relacionales contribuyen a desarrollar un modo predominante de reflexividad no sólo desde el contexto de origen del agente sino, de manera dinámica, a lo largo de toda su vida. Llevando, entonces, a distintas posibilidades de socialización.

El debate de Archer con otros teóricos en torno a la cuestión de la socialización.

Como ha sido mencionado en la introducción de este trabajo, la idea de reflexividad relacional supone un quiebre con otras teorías de la socialización con las que Archer discute. Principalmente, se establece el hecho de que las conceptualizaciones de la socialización

elaboradas por Mead (1972), Bourdieu (1990) y Habermas (1987) no pueden aplicarse para explicar los procesos de socialización actuales. Esto deriva de un análisis de Archer (2012) acerca de la teoría de Mead, que presenta al *otro generalizado* como un elemento socializador externo que debe ser internalizado. Así, a partir de este análisis, se examina cómo es que factores externos que deberían socializar al individuo en un proceso de *internalización* ya no funcionan en la modernidad tardía. Estos factores externos son el otro generalizado en Mead, el habitus en Bourdieu y las competencias para la interacción (como el lenguaje) en Habermas. El eje de todo el análisis que elabora la autora es el hecho de que los factores externos que son internalizados por el agente y que por ello lo socializan, están sustentados en condiciones estructurales que representan ciertos *requisitos para ser socializado*. Estos requisitos pueden verse como instancias en donde el factor externo socializa al agente. Así, dichas instancias son: la recepción de mensajes consensuales; expectativas claras y duraderas sobre roles particulares y; finalmente, la consistencia normativa.

Cada una de estas instancias depende, respectivamente, de: una alta integración a nivel social (es decir, que los mensajes de otros agentes socializadores que sirven de guía para desenvolverse en el mundo, no se contradigan entre sí, pudiendo llevar a una estrategia clara de acción), una diferenciación social estable y funcional (que existan ciertos roles sociales delimitados que sean perdurables y que puedan constituirse como un objetivo de la acción individual), y una alta integración sistémica (que existan marcos normativos sólidos que orienten las interacciones de manera clara).

Las conclusiones de Archer a este respecto se resumen en tres afirmaciones: en primer lugar, las condiciones contextuales necesarias para que la socialización del sujeto pueda ser gobernada por el otro generalizado (o cualquier factor externo que requiera ser internalizado) ya no se mantienen. Esto es debido a que hacia el final del siglo XX cada condición o *requisito* mencionado anteriormente encontró su opuesto. Como los procesos de morfogénesis fueron paulatinamente reemplazando procesos de morfostásis, sobre todo desde la década de 1980 en adelante, la integración a nivel social declinó estrepitosamente (la variedad constante de estrategias posibles originó *mensajes mixtos* o contradictorios desplegados por agentes socializadores); la diferenciación social estable y funcional cedió el camino a la variedad y novedad en organizaciones, roles y ocupaciones; y la integración a nivel

sistémico se vio mermada desde el momento en que el avance de la conectividad reveló cada vez a más personas las distintas contradicciones del sistema (revelando alternativas a sus lógicas reproductivas, ampliando y acelerando los procesos de morfogénesis social).

En segundo lugar, las concepciones tradicionales de socialización (basadas en la internalización de un factor externo), ya no resuelven la cuestión de la reconciliación entre una diferenciación dada de forma cada vez más acelerada y una individualización que se profundiza cada vez más rápido y de forma cada vez más intensa (2). Esto es porque la diferenciación o especialización dada en el sistema social, ya no puede adecuarse a la cantidad de formas emergentes de interacción social, por lo que dicha diferenciación ya no es funcional. En otras palabras, la caída de los marcos normativos que orientaban la acción, ha resaltado la importancia de la reflexividad de los agentes. Como resultado de esto, hay cada vez una mayor multiplicidad de formas de actuar en el mundo social y, a la vez, estas formas cambian cada vez más rápido, lo cual desemboca en procesos de transformación de las estructuras que se dan de manera constante. En este sentido es que por más diferenciación que se genere, ya no alcanza con aumentar la especialización del sistema para garantizar un orden normativamente estable. Por ende, para Archer, la internalización de factores externos ya no puede *adecuar* a los agentes a un mundo en donde las transformaciones estructurales son constantes, la especialización no es funcional y la acción depende cada vez más de la propia capacidad reflexiva.

En tercer lugar, en tanto el cambio social se acelera, la socialización ya no puede conceptualizarse consistentemente como un gran y pasivo proceso de internalización, ya que en términos de la autora, hay cada vez menos cosas que normalizar, es decir, que presentar como *normal* y *normativamente establecido*. Así, las entidades tradicionales de socialización, a saber: las comunidades, para Mead; las clases sociales, para Bourdieu; y el mundo de la vida, para Habermas, ya no pueden concebirse como casi exclusivamente responsables por los procesos de socialización.

En este sentido y dado el debilitamiento o total ausencia de las fuentes de autoridad normativa, la reflexividad redobla su importancia y las relaciones con otros individuos o grupos se vuelven variables pero poderosas influencias sobre los igualmente variables resultados de lo

que ahora constituye un proceso de socialización de por vida (a fin de adaptarse constantemente a los cambios del contexto social).

Así, una idea fundamental de Archer es que el mundo, dados sus cambios constantes y su inestabilidad creciente, exige una reclasificación reflexiva y sucesiva de la propia identidad. Lo que les obliga a las personas a resocializarse al ritmo de una morfogénesis social cada vez más acelerada.

En este panorama, el concepto de reflexividad relacional combina los dos elementos claves en esta dinámica de resocialización constante (reflexividad y relaciones reales) para reclasificar sociológicamente las concepciones de socialización elaboradas por teorías antes mencionadas, las cuales se apoyan en un proceso de internalización que, para Archer, no tiene cabida en la modernidad tardía.

Conclusión: críticas y potencialidades del abordaje de la socialización por parte de Archer.

Recapitulando, el esfuerzo reclasificador de la autora tiene el propósito de pensar los procesos de socialización en una época de inestabilidad y cambio constante, como lo es la modernidad tardía. Frente a la caída de los marcos normativos que antaño habrían podido guiar una vida de forma sostenida, los agentes, lejos de verse completamente desamparados, se apoyan en su capacidad reflexiva para desenvolverse en el mundo. Lo cual les da mayor peso en el proceso de socialización, un proceso que Archer no concibe como finito y que no se sostiene tampoco en la internalización de factores externos, sino que es un proceso constante que se da en relación a distintos agentes y contextos que se van encontrando en un *pasar por el mundo* particular, a la vez que se sostiene en la identificación reflexiva de bienes o males relacionales que van influyendo en los distintos proyectos de acción y, con ello, también influyen en las diferentes trayectorias de vida.

Es claro, sin embargo, que el abordaje de la socialización por parte de Archer ha suscitado críticas. Ana Caetano (2015) esboza y recupera varias de ellas. Una primera crítica establece que el énfasis en la capacidad reflexiva de los agentes no solo minimiza el rol de las estructuras sociales en la determinación de la acción, sino que también limita la mediación

entre estructura y agencia a las deliberaciones reflexivas sin tener en cuenta otros factores que igualmente median en su interjuego.

Respecto a esta crítica, si bien se establece que, en la teoría morfogenética, las estructuras nunca determinan sino que condicionan la acción social (Henríquez, 2012), los distintos énfasis en factores mediadores en el interjuego que se da entre agencia y estructura se hacen al separarse dicho interjuego en estratos temporales. En efecto, Archer (1996) separa la relación entre agencia y estructura, de forma analítica, en tres momentos o tiempos: uno de condicionamiento de las estructuras hacia los agentes, otro de interacción entre agentes y estructuras y un tercero de elaboración de las estructuras por parte de los agentes. En este sentido, se plantea una relación que no es mediada solo por la reflexividad de los agentes sino también por propiedades emergentes de las estructuras como lo puede ser la facultad de estas de condicionar los contextos sociales en los que los agentes se desenvuelven, al determinar ciertos constreñimientos y habilitaciones. Esto implica cambiar el rol de las estructuras en la formación de proyectos de acción volviéndolas menos determinantes en el armado de dichos proyectos. Sin embargo, esto se hace a fin de no caer en conflationismos que expliquen la acción puramente por determinaciones estructurales, puramente a partir de características de los agentes, o bien, por una combinación de ambos anteriores que no permita ver cómo y cuándo una entidad influye en la otra. Esta última explicación conflacionista es la que Archer le critica tanto a Giddens (King, 2010) como a Bourdieu (Elder-Vass, 2007). Asimismo, en el marco del interjuego entre agencia y estructura separado en estos términos, no se presenta una visión limitada a la reflexividad del agente con respecto al armado de su proyecto de acción, sino que también se contemplan otros factores particularmente predominantes en otros momentos temporales de dicho interjuego entre agencia y estructura como por ejemplo el ya mencionado poder condicionante de las estructuras.

Siguiendo con esta cuestión sobre la consideración de otros factores, Caetano afirma que además de considerarse a las conversaciones internas (ejercicio de la reflexividad), deberían considerarse también a las conversaciones externas (mantenidas con otros agentes) como factores que contribuyen a explicar el comportamiento humano, ya que en esas conversaciones externas es en donde se negocian proyectos o preocupaciones que en última instancia aportan a la explicación del desenvolvimiento de un agente en el mundo.

En relación a esta segunda crítica, es cierto que por lo menos hasta la primera década del presente siglo, la obra de Archer no presenta un gran énfasis sobre los efectos de las conversaciones externas en el armado de proyectos de acción por parte de los agentes. Esto es debido a la preocupación de Archer (2009, 2007) por desarrollar los efectos de las estructuras en el armado de dichos proyectos y el funcionamiento de la reflexividad como forma de representarse el mundo y desenvolverse en él. Aun así, la reflexividad relacional en tanto proceso sostenido en bienes y males relacionales es justamente el esfuerzo de la autora por considerar factores relacionados a la interacción como factores que contribuyen a explicar el armado de un proyecto de acción en línea con un tipo específico de reflexividad. En efecto, el impacto de las conversaciones externas en los agentes es, en parte aunque no totalmente, aquello que la idea de bienes y males relacionales explica.

Una tercera crítica que Caetano hace respecto del abordaje de la socialización por parte de Archer, establece que esta última no problematiza el hecho de que puedan existir diferentes formas de ejercer la reflexividad según el contexto en que se encuentre un mismo agente.

Respecto a esta crítica, cabe remitirse al trabajo en donde se realiza la introducción a la reflexividad relacional (Archer, 2012) y recapitular una de sus más interesantes conclusiones, la cual tiene que ver con el hecho de que cada agente despliega su acción según un modo reflexivo que es predominante sobre otros en un momento determinado. En efecto, según las situaciones que el agente atraviese en su contexto, su modo reflexivo predominante puede cambiar, es decir, la predominancia puede desplazarse hacia otro modo reflexivo incluso llevando al agente a un estado de fractura. Esto es posible por el hecho de que cada agente alberga en algún punto cada modo reflexivo existente, dado que no se desenvuelve bajo una misma *lógica reflexiva* el cien por ciento de las veces, ya que es permeado por los imprevistos que presentan los contextos cambiantes en los que actúa. Por esto mismo, el proceso de socialización se plantea como algo perpetuo, por el hecho de que un agente, a nivel reflexivo, no es el mismo agente durante toda su vida, ya que se ve obligado a adaptarse reflexivamente a contextos cambiantes (en los que operan otros agentes con los que se relaciona, variedad de grupos, instituciones, oportunidades, inhabilitaciones, etc...). En este sentido, es que la reflexividad relacional presenta una potencialidad para el análisis de cambios en el modo

reflexivo predominante, los cuales podrían llegar a darse por la identificación de bienes o males relacionales por parte del agente en su relación con otros.

Siguiendo las afirmaciones de Caetano, hay una inclinación en Archer por concebir a la reflexividad como algo puramente desarrollado por el agente (corriendo el foco de procesos de interacción que también contribuyen a explicarla). Pese a ello, es claro que el concepto de reflexividad relacional representa un esfuerzo de la autora por ver las implicancias de las relaciones entre agentes en la formación de una propiedad eminentemente agencial como lo es la reflexividad.

Ahora bien, habiendo realizado esta recapitulación concerniente a la reflexividad relacional, resulta posible pensar en un abordaje y análisis de grupos sociales en clave de la teoría morfogenética, valiéndose de esta herramienta conceptual. En primer lugar, cabe resaltar que el estudio de grupos sociales desde el enfoque morfogenético es algo que no ha representado una preocupación principal para Archer, dado el énfasis que la autora ha hecho tanto en el estudio del interjuego entre agencia y estructura como en la esquematización de las propiedades particulares de cada entidad involucrada en dicha relación. En este sentido, un antecedente fundamental del estudio de los grupos en esta clave es Frédéric Vandenberghe (2007) y su teoría sobre los *avatares de lo colectivo*, que ilustra nada menos que momentos morfogenéticos a partir de los cuales un grupo se va consolidando poco a poco como un agente colectivo capaz de desplegar una acción colectiva en relación con las estructuras socioculturales y en un contexto social concreto.

En este sentido, la reflexividad relacional no solo se presenta como una reclasificación sociológica que permite nuevas formas de abordar los procesos de socialización, sino que también se constituye como una herramienta útil para el abordaje de grupos sociales. Esto último, dado el sustento de la reflexividad relacional en la identificación de bienes relacionales que pueden dar lugar al establecimiento de relaciones sostenidas entre agentes. Así, es posible que agentes con modos reflexivos similares, pudiesen ser más propensos a identificar bienes relacionales entre ellos, lo cual puede ser vital para consolidar la pertenencia a un grupo social determinado.

Si bien estas consideraciones son hipotéticas y merecen ser tratadas en un trabajo futuro, se puede establecer que, con el concepto de reflexividad relacional, Archer abre un nuevo camino posible y poco explorado para los estudios sociológicos en clave morfogenética. Si esta reclasificación sociológica se asienta de manera más o menos sólida en el futuro, será cuestión de seguir indagando en las posibilidades del concepto y ver si realmente resulta en una herramienta útil para el abordaje de ciertas dinámicas sociales en el mundo de hoy.

Notas

(1) En este sentido, dentro del primer pragmatismo, la reflexividad concebida como demasiado introspectiva sería propia de William James y una concepción de reflexividad amparada en una *sobre socialización* del individuo sería propia de Mead. Estas críticas son ampliamente desarrolladas por Archer (2003), lo cual no implica que la autora no haya tomado elementos de estos pragmatistas en la construcción de sus definiciones.

(2) Este problema que Archer observa en su análisis de la socialización en la modernidad tardía, es originalmente planteado por Emile Durkheim hacia el final del siglo XIX en su libro *La División del Trabajo Social* (1987).

Referencias bibliográficas

Alexander, J. (1988). El nuevo movimiento teórico. *Estudios sociológicos*, (17), 259-307.

Alexander, J. C. (2000). ¿Qué es la teoría?. En *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial: análisis multidimensional*. Editorial Gedisa. Pp. 11-26.

Archer, M. (1996). Social integration and system integration: developing the distinction. *Sociology* 30 (4): 679-699.

Archer, M. (2003). *Structure, agency and the internal conversation*. Cambridge University Press.

Archer, M. (2007). *Making our way through the world*. Cambridge University Press.

Archer, M. (2009). *Teoría social realista. El enfoque morfogenético*. Chernilo, D. (Trad.). Ediciones Universidad Alberto Hurtado. (Obra original publicada en 1995).

Archer, M. (2012). *The Reflexive Imperative in Late Modernity*. Cambridge University Press.

Bhaskar, R. (2011). *Reclaiming reality: A critical introduction to contemporary philosophy*. Routledge.

Bialakowsky, A. (2017). El abordaje problemático como metodología para la investigación en teoría sociológica y el análisis de las clasificaciones sociales. *Cinta de moebio*, (59), 116-128.

Bialakowsky, A. (2022). Enfoques relacionales y reclasificaciones: ejercicios reflexivos sobre las investigaciones sociológicas y de otras ciencias sociales y humanas. En Forni, P. y Bialakowsky, A. (Comp.), *Por unas ciencias sociales relacionales. Investigaciones y enfoques contemporáneos* (pp. 279-308). Universidad del Salvador.

Bialakowsky, A., Sasín, M., Nougués, T. y Zapico, M. (2017). ¿Teorías sin teoría? Tras las huellas del primer pragmatismo en las perspectivas de Archer, Boltanski, Honneth y Latour. *Miríada: Investigación en Ciencias Sociales*, 9(13), 15-44.

Bourdieu, P. (1990). *The logic of practice*. Stanford university press.

Caetano, A. (2015). Defining personal reflexivity: a critical Reading of Archer's approach. *European Journal of Social Theory*, 18(1), 60–75.

Donati, P. (2011). *Relational sociology. A new paradigm for social sciences*. Routledge.

Durkheim, E. (1987). *La división del trabajo social*. Ediciones Akal.

Elder-Vass, D. (2007). Reconciling Archer and Bourdieu in an emergentist theory of action. *Sociological theory*, 25(4), 325-346.

Habermas, J. (1987). *Teoría de la acción comunicativa. Volumen 1: Racionalidad de la acción y racionalización social*. Taurus.

Henríquez, A. A. (2012). Agentes, estructuras y su juego mutuo: una crítica al enfoque morfogenético de Margaret Archer. *Revista Central de Sociología*, 7(7), 38-59.

Hernández-Romero, Y. (2017). El enfoque morfogenético de Margaret Archer para el análisis de la cultura. *Cinta de moebio*, (60), 346-356.

King, A. (2010). The odd couple: Margaret Archer, Anthony Giddens and British social theory. *The British journal of sociology*, 61, 253-260.

Lockwood, D. (1964). Social Integration and System Integration. En GK Zollschan and W. Hirsch (eds) *Explorations in Social Change*. Routledge. Pp. 244-257.

Mead, G. (1972). *Self, Mind and Society*. The University of Chicago Press. (Obra original publicada en 1934).

Peirce, C. (1994). *Writings of Charles S. Peirce: A Chronological Edition, Vol. 2*. Indiana University Press.

Pignuoli-Ocampo, S. (2018). De la crítica a la sociología conflacionista al realismo crítico morfogenético en Margaret Archer. *Cinta de moebio*, (63), 297-313.

Sennet, R. (2006). A la deriva. En *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Najmías Bentolilla, D. (Trad.). Editorial Anagrama. (Obra original publicada en 1998). Pp. 13-31.